

de amor, que contiene en sí todos los sabores con gran eminencia.

Porque, así como los hijos de Israel, solo porque les había quedado una sola afición y memoria de las carnes y comidas que habían gustado en Egipto no podían gustar el delicado pan de ángeles en el desierto, que era el maná, el cual, como dice la divina Escritura, tenía suavidad de todos los gustos y se convertía al gusto que cada uno quería; así no puede llegar á gustar los deleites del espíritu de libertad, según la voluntad desea, el espíritu que todavía estuviere afectado con alguna actual ó habitual afición, ó con particulares inteligencias, ó cualquiera otra limitada aprehensión. La razón de esto es, porque las aficiones, sentimientos y aprehensiones del espíritu perfecto, por ser tan superiores y muy particularmente divinas, son de otra suerte y género tan diferente de lo natural, que para poseer las unas actual y habitualmente, se han de aniquilar las otras. Por tanto, conviene mucho, y es necesario para que el alma haya de pasar á estas grandezas, que esta noche oscura de contemplación la aniquile y deshaga primero en sus bajezas, poniéndola á oscuras, seca, apartada y vacía; porque la luz que se le ha de dar es una altísima luz divina, que excede toda luz natural y que no cabe naturalmente en el entendimiento. Y así, conviene que para que el entendimiento pueda llegar á unirse con ella y hacerse divino en el estado de perfección, sea primero purgado y aniquilado en su lumbre natural, poniéndolo actualmente á oscuras por medio de esta oscura contemplación; la cual tiniebla conviene que le dure tanto cuanto sea menester para aniquilar el hábito que de mucho tiempo tiene en su manera de entender, en sí formado, y en su lugar quede la ilustración y luz divina. Y así, por cuanto aquella fuerza que tenía de entender antes es natural, de aquí se sigue que las tinieblas que allí padece son profundas y horribles y muy penosas, porque se sienten y tocan en lo muy profundo del espíritu; ni más ni menos, por cuanto la afición de amor que se le ha de dar en la divina unión es divina, y por eso muy espiritual, sutil y delicada, y muy interior, que excede á todo afecto y sentimiento natural y imperfecto de la voluntad y todo apetito de ella, conviene que, para que la voluntad pueda venir á gustar por unión de amor esta divina afición y deleite tan subido, sea primero purgada y aniquilada en todas sus aficiones y sentimientos, dejándola en seco y en aprieto tanto cuanto conviene, según el hábito que tenía de naturales aficiones, así acerca de lo divino como de lo humano. Para que, extenuada, enjuta y privada en el fuego de esta oscura contemplación de todo género de dominio (como el corazón del pez de Tobías en las brasas), tenga disposición pura y sencilla, y el paladar purgado y sano, para sentir los subidos y peregrinos toques del divino amor, en que se verá transformada divinamente, expelidas por entonces todas las contrariedades actuales y habituales que antes tenía. También porque para la dicha unión, á que la dispone esta oscura noche, ha de estar

el alma llena y dotada de cierta magnificencia gloriosa en la comunicación con Dios, que encierra en sí innumerables bienes y deleites, que exceden toda la abundancia que el alma naturalmente puede poseer; porque, según dice Isaías y san Pablo: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae prae-paravit Deus iis, qui diligunt illum*; Ni ojo lo vió ni oído lo oyó, ni cayó en corazón humano lo que aparejó Dios á los que le aman. Conviene que primero sea puesta el alma en vacío y en pobreza de espíritu, purgándola de todo arrimo, consuelo y aprehensión natural acerca de todo lo de arriba y de abajo, para que, así vacía, esté bien pobre de espíritu y desnuda del hombre viejo, para vivir aquella nueva y bienaventurada vida que por medio de esta noche oscura se alcanza, que es el estado de la unión con Dios.

Y porque el alma ha de venir á tener un sentido y noticia divina muy generosa y sabrosa acerca de todas las cosas divinas y humanas que no caen en el común sentir y saber natural del alma (porque las mira con ojos tan diferentes que antes, como difiere la luz y gracia del Espíritu Santo del sentido, y lo divino de lo humano), conviene al espíritu adelgazarse y curtirse acerca del común y natural sentir, poniéndole por medio de esta purgativa contemplación en grande angustia y aprieto, y á la memoria remota de toda amigable y pacífica noticia con sentido muy interior y temple de peregrinación y extrañeza de todas las cosas, en que le parece que todas son extrañas y de otra manera que lo solían ser; porque en esto va sacando esta noche al espíritu de su ordinario y común sentir de las cosas para traerle al sentido divino, el cual es extraño y ajeno de toda manera humana; tanto, que le parece al alma que anda fuera de sí. Otras veces piensa si es encantamiento el que tiene, ó embelesamiento, y anda maravillada de las cosas que ve y oye, pareciéndole muy peregrinas y extrañas, siendo las mismas que comunmente solía tartar; de lo cual es causa el irse ya el alma haciendo ajena y remota del común sentido y noticia acerca de las cosas, para que, aniquilada en este, quede informada en el divino, que es más de la otra vida que de esta.

Todas estas aflictivas purgaciones del espíritu para reengendrarla en vida de espíritu por medio de esta divina influencia, las padece el alma, y con estos dolores viene á parir el espíritu de salud, porque se cumple la sentencia de Isaías, que dice: *Sic facti sumus à facie tua, Domine. Concepimus et quasi parturivimus et peperimus spiritum*; De tú faz, Señor, concebimos, y estuvimos como con dolores de parto y parimos el espíritu de salud. Demás de esto, porque por medio de esta noche contemplativa se dispone el alma para venir á la tranquilidad y paz interior, que es tal y tan deleitable, que, como dice la Escritura, excede todo sentido, conviéndole al alma que toda la paz primera, la cual, por estar envuelta con tantas imperfecciones, no era paz, aunque á ella le parecía, porque andaba á su sabor, que era paz, paz dos veces, esto es, del senti-

do y del espíritu, sea primero purgada, y ella quitada y perturbada de esta paz imperfecta; como lo sentía y lloraba Jeremías en la autoridad que de él alegamos, para declarar los trabajos de esta noche pasada, diciendo: *Repulsa est à pace anima mea*; Quitada y despedida está mi alma de la paz. Esta es una penosa turbación de muchos recelos, imaginaciones y combates que tiene el alma dentro de sí, en que, con la aprehensión y sentimiento de las miserias en que se ve, sospecha que está perdida y acabados sus bienes para siempre. De aquí es que entró en el espíritu un dolor y gemido tan profundo, que le causa fuertes rugidos y bramidos espirituales, pronunciándolos á veces por la boca, y resolviéndose en lágrimas cuando hay fuerza y virtud para poderlo hacer; aunque las menos veces hay este alivio. El real profeta David declaró muy bien esto, como quien tan bien lo experimentó, en un salmo, diciendo: *Afflictus sum et humiliatus sum nimis: rugiebam à gemitu cordis mei*; Fui muy afligido y humillado, rugía del gemido de mi corazón. El cual rugido es cosa de gran dolor, porque algunas veces con la súbita y aguda memoria de estas miserias en que se ve el alma, siente tanto dolor y pena, que no sé cómo se podría dar á entender, sino por la semejanza que el santo Job, estando en el mismo trabajo, dice por estas palabras: *Tanquam inundantes aquae, sic rugitus meus*; De la manera que son las avenidas de las aguas, así el rugido mío. Porque, así como algunas veces las aguas hacen tales avenidas que todo lo anegan y llenan, así este rugido y sentimiento del alma algunas veces crece tanto, que, anegándola y traspasándola toda, la llena de angustias y dolores espirituales todos sus afectos profundos y fuerzas sobre todo lo que se puede encarecer. Tal es la obra que en ella hace esta noche encubridora de las esperanzas de la luz del día; porque á este propósito dice también el mismo Job: *Nocte os meum perforatur doloribus, et qui me comedunt non dormiunt*; En la noche es horadada mi boca con dolores, y los que me comen no duermen. Aquí por la boca se entiende la voluntad, la cual es traspasada con estos dolores, que en despedazar al alma no cesan ni duermen, porque las dudas y recelos que así la traspasan nunca cesan.

Profunda es esta guerra y combate, porque la paz que espera ha de ser muy profunda, y el dolor espiritual es íntimo y delgado y apurado; porque el amor que ha de poseer ha de ser también muy íntimo y apurado; que cuanto más íntima y esmerada ha de ser y quedar la obra, tanto más íntima, esmerada y pura ha de ser la labor, y tanto más fuerte cuanto el edificio más firme. Por eso, como dice Job, se está marchitando en sí misma el alma y hirviendo sus interiores sin alguna esperanza: *Nunc autem in memetipso marcescit anima mea, et posident me dies afflictionis*. Y ni más ni menos, porque el alma ha de venir á poseer y gozar en el estado de perfección á que por medio de esta purgativa noche camina, innumerables bienes de dones y virtudes, así según la sustancia del alma, como según sus

potencias, conviene que primero generalmente se vea y sienta ajena y privada de todos ellos, y le parezca que de ellos está tan lejos, que no se pueda persuadir que jamás ha de venir á ellos, sino que todo bien se le acabó. Como también lo da á entender Jeremías en la misma autoridad, cuando dice: *Oblitus sum bonorum*; Olvidado estoy de los bienes.

Pero veamos ahora cuál sea la causa por que, siendo esta luz de contemplación tan suave y amigable para el alma, que no hay más que desear (pues, como arriba queda dicho, es la misma con que se ha de unir el alma, y hallar en ella todos los bienes en el estado de la perfección que deseó), la causa con su embestimiento estos principios penosos y esquivos efectos que aquí habemos dicho. A esta duda fácilmente se responde, diciendo lo que ya en parte habemos dicho, y es, que la causa de esto es que no hay de parte de la contemplación y infusión divina cosa que de suyo pueda dar pena, antes mucha suavidad y deleite, como después se le dará; pero la causa es la flaqueza y imperfección que entonces tiene el alma, y disposiciones que en sí tiene contrarias para recibir aquella suavidad; y así, embestiendo la lumbre divina, hace padecer al alma en la manera ya dicha.

CAPITULO X.

Explicase de raíz esta purgación por una comparación.

Para mayor claridad de lo dicho y de lo que se ha de decir, conviene aquí notar que esta purgativa y amorosa noticia ó luz divina que decimos, de la misma manera se ha en el alma, purgándola para unirla consigo perfectamente, como el fuego en el madero para trasformarlo en sí; porque el fuego material, en aplicándose al madero, lo primero que hace es comenzarle á desecar, echándole la humedad fuera y haciéndole llorar el agua que en sí tiene. Luego le va poniendo negro, oscuro y feo, y yéndole secando poco á poco, le va sacando á luz y echando afuera todos los accidentes feos y oscuros que tiene contrarios al fuego. Y finalmente, comenzándole á inflamar por de fuera y calentarlo, viene á transformarle en sí y ponerle tan hermoso como el mismo fuego. En el cual término, ya de parte del madero ninguna acción ni pasión hay propia de madero, salvo la cantidad y gravedad menos sutil que la del fuego, teniendo en sí las propiedades y acciones del fuego, porque está seco, y seco está caliente, y caliente calienta; está claro y esclarece, está ligero mucho más que antes, obrando el fuego en él estas propiedades y efectos. A este modo pues habemos de filosofar acerca de este divino fuego de amor de contemplación, que antes que una y transforme al alma en sí, primero la purga de todos sus accidentes contrarios. Hácela salir afuera sus fealdades, y pónela negra y oscura, y así parece peor que antes; porque, como esta divina purga anda removiendo todos los malos y viciosos humores, que, por estar ellos muy asentados y arraigados en el alma, no los echaba ella de ver; y así, no entendía que tenía en sí tanto mal, y ahora para echarlos fuera y aniquilarlos se

los ponen al ojo, y los ve tan claramente, alumbrada por esta oscura luz de divina contemplacion (aunque no es peor que antes para sí ni para Dios), como vió en sí lo que antes no veía, parécete que está tal, que, no solo no está para que Dios la vea, sino para que la aborrezca, y que ya la tiene aborrecida. De esta comparacion podemos ahora entender muchas cosas acerca de lo que vamos diciendo y pensamos decir.

Lo primero, podemos entender cómo la misma luz y la sabiduría amorosa que se ha de unir y transformar al alma es la misma que al principio la purga y dispone, así como el mismo fuego que transforma en sí el madero, incorporándose en él, es el que primero lo estuvo disponiendo para el mismo efecto.

Lo segundo, echarémos de ver cómo estas penalidades no las siente el alma por parte de la divina Sabiduría; pues, como dice el Sabio: *Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa*; Todos los bienes juntos le vinieron al alma con ella; sino de parte de la flaqueza y imperfeccion que tiene el alma para no poder recibir sin esta purgacion la luz divina, suavidad y deleite (así como el madero, que no puede, luego que se aplica el fuego, ser transformado hasta que sea dispuesto), y por eso padece tanto. Lo cual tambien el Eclesiástico aprueba, diciendo lo que él padeció para venirse á unir con ella y gozarla, diciendo así: *Venter meus conturbatus est quaerendo illam: propterea bonam possessionem*; Mi ánima agonizó en ella, y mis entrañas se turbaron en adquirirla; por eso poseeré buena posesion.

Lo tercero, podemos sacar de aquí de camino la manera de penar de los del purgatorio; porque el fuego no tendria en ellos poder si ellos estuvieran dispuestos para reinar y unirse con Dios por gloria, y no tuviesen culpas por que padecer, que son la materia en que allí prende el fuego, la cual acabada, no hay mas que arder; como aquí, acabadas las imperfecciones, se acaba el penar del alma, y queda el gozar, de la suerte que en esta vida se puede.

Lo cuarto, sacarémos de aquí cómo, al modo que se va purgando y purificando el alma por medio de este fuego de amor, se va mas inflamando en él; así como el madero, al modo y paso que se va disponiendo, se va mas calentando. Aunque esta inflamacion de amor no siempre la siente el alma, sino algunas veces, cuando deja de embestir la contemplacion tan fuertemente; porque entonces tiene lugar el alma de ver y aun de gozar la labor que se va haciendo, porque se la descubren, pareciendo que alzan mano de la obra y sacan el hierro de la hornaza, para que parezca en alguna manera la labor que se va haciendo, y entonces hay lugar para que el alma eche de ver en sí el bien que no veía cuando andaba la obra; así tambien, cuando deja de herir la llama en el madero, se da lugar para que se vea bien cuanto le haya inflamado.

Lo quinto, sacarémos tambien de esta comparacion lo que arriba queda dicho, conviene á saber, cómo sea verdad que después de estos alivios vuelve el alma á

padecer mas intensa y delgadamente que antes; porque, después de aquella muestra que se hace cuando ya se han purificado las imperfecciones mas de afuera, vuelve el fuego de amor á herir en lo que está por purificar y consumir mas adentro; en lo cual es mas íntimo, sutil y espiritual el padecer del alma, cuanto le va adelgazando las mas íntimas, delgadas y espirituales imperfecciones, y mas arraigadas en lo de mas adentro. Y esto acaece al modo que en el madero, que, cuanto el fuego va entrando mas adentro, va con mas fuerza y furor disponiéndole lo mas interior para poseerlo.

Lo sexto, sacarémos que, aunque el alma se goza muy abincadamente en estos intervalos (tanto, que, como dijimos, á veces le parece que no han de volver mas los trabajos, aunque es cierto han de volver presto), no deja de sentir, si advierte (y á veces ella se hace advertir), una raíz que queda, que no deja tener el gozo cumplido, porque parece que está amenazando para volver á embestir, y cuando es así presto vuelve. En fin, aquello que está por purgar y ilustrar mas adentro, no se puede encubrir bien al alma cerca de lo ya purificado, así como tambien en el madero lo que mas adentro está por ilustrar, es bien sensible la diferencia que tiene de lo purgado, y cuando vuelve á embestir mas adentro esta purificacion, no hay que maravillar que le parezca al alma otra vez que todo el bien se le acabó, y que no piense volver mas á los bienes, pues que, puesta en pasiones mas interiores, todo el bien de afuera se le escondió; llevando pues delante de los ojos esta comparacion, con la noticia que ya queda dada sobre el primer verso de la primera cancion de esta oscura noche, y sus propiedades terribles, será bueno salir de estas cosas tristes del alma, y comenzar ya á tratar del fruto de sus lágrimas y de sus propiedades dichosas, que se comienzan á cantar desde este segundo verso.

CAPITULO XI.

Comiéntase á explicar el segundo verso de la primera cancion; dice cómo el alma, por fruto de estos rigurosos aprietos, se halla con vehemente pasion de amor divino.

Con ansias en amores inflamada.

En este verso da á entender el alma el fuego de amor que habemos dicho que, á manera del fuego material en el madero, se va prendiendo en el alma en esta noche de contemplacion penosa; la cual inflamacion, aunque es en cierta manera como la que arriba declaramos que pasaba en la parte sensitiva del alma, es en alguna manera tan diferente de aquella esta que ahora dice, como lo es el alma del cuerpo ó la parte espiritual de la sensitiva; porque esta es una inflamacion de amor en el espíritu, en que en medio de estos oscuros aprietos se siente estar herida el alma viva y agudamente en fuerte amor divino, con cierto sentimiento y barrunto de Dios, aunque sin entender cosa particular; porque, como decimos, el entendimiento está á oscuras.

Siente aquí el espíritu apasionado en amor mucho,

porque esta inflamacion espiritual hace pasion de amor; que, por cuanto este amor es infuso con especial modo, concurre el alma aquí mas á lo pasivo, y así engendra en ella pasion fuerte de amor; y este amor va teniendo ya algo de la perfectísima union con Dios; y así, participa algo de sus propiedades, las cuales son mas principalmente acciones de Dios que de la misma alma recibidas en ella, dando sencilla y amorosamente su consentimiento, aunque el calor y fuerza, temple y pasion de amor ó inflamacion, como aquí la llama el alma, solo el amor de Dios que se va uniendo con ella se le pega; el cual amor, tanto mas lugar y disposicion halla en el alma para unirse con ella y herirla, cuanto mas cerrados, enajenados y inhabilitados le tiene todos los apetitos para poder gustar de cosa del cielo ni de la tierra; lo cual en esta oscura purgacion, como ya queda dicho, acaece en gran manera, pues tiene Dios tan destetadas las potencias y tan recogidas, que no puedan gustar de cosa que ellas quieran. Todo lo cual hace Dios á fin de que, apartándolas todas y recogiendo para sí, tenga el alma mas fortaleza y habilidad para recibir esta fuerte union de amor de Dios que por este medio purgativo le comienza ya á dar, en que el alma ha de amar con todas sus fuerzas y apetitos espirituales y sensitivos, lo cual no podia ser si ellos se derramasen en gustar otra cosa; que por eso, para poder David recibir la fortaleza de amor de esta union de Dios, le decía: *Fortitudinem meam ad te custodiam*; Mi fortaleza guardaré para tí; esto es, toda la habilidad y apetitos y fuerzas de mis potencias, no queriendo emplear su operacion ni gusto fuera de tí en otra cosa.

Segun esto, en alguna manera se podria considerar cuánta y cuán fuerte será esta inflamacion de amor en el espíritu donde Dios tiene recogidas todas las fuerzas, potencias y apetitos del alma, así espirituales como sensitivos, para que toda esta armonía emplee todas sus virtudes y fuerzas en este amor, y así venga á cumplir de veras y con perfeccion con el primer precepto, que, no desechando nada del hombre ni excluyendo cosa suya de este amor, dice: *Amarás á tu Dios de todo tu corazon, de toda tu mente, de toda tu alma y de todas tus fuerzas: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua.*

Recogidos pues aquí en esta inflamacion de amor todos los apetitos y fuerzas del alma, estando ella herida y tocada segun todos ellos, y apasionada, ¿cuáles podemos entender que serán los movimientos y aficiones de todas estas fuerzas y apetitos, viéndose inflamados y heridos de fuerte amor, y sin satisfaccion de él, en oscuridad de él y duda, sin duda padeciendo mas hambre cuanto mas experimentan de Dios? Porque el toque de este amor y fuego divino, de tal manera seca el espíritu y le enciende tanto los afectos por satisfacer su sed, que da mil vueltas en sí, y desea de mil modos y maneras á Dios, con la codicia y deseo que David da muy bien á entender en su salmo, diciendo: *Sitivit in te anima mea: quàm multipliciter tibi caro mea*; Mi alma tuvo sed de tí, cuán de muchas maneras se ha mi

carne á tí, esto es, en deseos. Y otra translacion dice: *Mi alma tuvo sed de tí, mi alma perece por tí.*

Esta es la causa por que dice el alma en el verso: «Con ansias en amores inflamada.» Porque en todas las cosas y pensamientos que en sí revuelve, y en todos los negocios y casos que se le ofrecen, ama de muchas maneras, y desea y padece el deseo tambien á este modo de muchas maneras en todos tiempos y lugares, no sosegando en cosa, sintiendo esta ansia inflamada y herida, segun el santo Job lo da á entender, diciendo: *Sicut cervus desiderat umbram, et sicut mercenarius praestolatur finem operis sui: sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas enumeravi mihi. Si dormiero, dicam, quando consurgam? Et rursus expectabo vesperam, et replebor doloribus usque ad tenebras*; Así como el ciervo desea la sombra y el mercenario desea el fin de su obra, así tuve yo los meses vacíos y conté las noches prolijas y trabajosas para mí. Si me recostare á dormir diré: ¿Cuándo me levantaré? Y luego esperaré la tarde y seré lleno de dolores hasta las tinieblas. Hácesele á esta alma todo angosto, no cabe en sí, no cabe en el cielo ni en la tierra, y llénase de dolores hasta las tinieblas que aquí dice Job, que hablando especialmente y á nuestro propósito, es un penar y padecer sin consuelo de esperanza cierta de alguna luz y bien espiritual; de donde su ansia y pena en esta inflamacion de amor es mayor, por cuanto es multiplicada de dos partes: lo uno de parte de las tinieblas espirituales en que se ve, que con sus dudas y recelos la afligen; lo otro de parte del amor de Dios, que la inflama y estimula con su herida amorosa, y maravillosamente la atiza; las cuales dos maneras de padecer en semejante sazón da bien á entender Isaias, diciendo: *Anima mea desideravit te in nocte*; Mi alma te deseó en la noche, esto es, en la miseria. Y esta es la una manera de padecer de parte de esta noche oscura, pero con mi espíritu, dice, en mis entrañas hasta la mañana velaré á tí: *Sed et spiritu meo in praecordiis meis de mané vigilabo ad te.* Y esta es la segunda manera de padecer en deseo y ansia de parte del amor en las entrañas del espíritu, que son las aficiones espirituales; pero en medio de estas penas oscuras y amorosas, siente el alma cierta compañía y fuerza en su interior, que le acompaña y esfuerza tanto, que si se le acaba este peso de apretada tiniebla, muchas veces se siente sola, vacía y floja. Y la causa es entonces que, como la fuerza y eficacia del alma era pegada y comunicada pasivamente del fuego tenebroso de amor que en ella embestia, de ahí es que, cesando de embestir en ella, cesa la tiniebla y la fuerza y calor de amor en el alma.

CAPITULO XII.

Dice cómo esta horrible noche es purgatorio, y cómo en ella ilumina la divina Sabiduría á los hombres en el suelo, con la misma iluminacion que purga y ilumina á los ángeles en el cielo.

De lo dicho echarémos de ver cómo esta oscura noche de fuego amoroso, así como á oscuras va purgando, así á oscuras va el alma inflamándose. Echarémos de

ver tambien que, así como se purgan los predestinados en la otra vida con fuego tenebroso y material, en esta vida se purgan y limpian con fuego amoroso, tenebroso y espiritual; porque esta es la diferencia, que allá se limpian con fuego y acá se limpian y iluminan con amor. El cual amor pidió David, cuando dijo: *Cor mundum crea in me, Deus, etc.* Porque la limpieza de corazón no es menos que el amor y gracia de Dios; que los limpios de corazón son llamados por nuestro Salvador bienaventurados; lo cual es decir tanto como enamorados, pues que bienaventuranza no se da por menos que amor.

Y que se purgue, iluminándose el alma con este fuego de sabiduría amorosa (porque nunca da Dios sabiduría mística sin amor, pues el mismo amor la infunde), muéstralo bien Jeremías, diciendo: *De excelso misit ignem in ossibus meis, et erudit me;* Envió fuego en mis huesos y enseñóme. Y David dice que la sabiduría de Dios es plata examinada en fuego purgativo de amor: *Eloquia Domini, Eloquia casta: argentum igne examinatum.* Porque esta oscura contemplación juntamente infunde en el alma amor y sabiduría á cada uno, según su necesidad y capacidad, alumbrando al alma y purgándola, como dice el Sabio, de sus ignorancias; y que así lo hizo con él: *Ignorantias meas illuminavit.*

De aquí tambien inferimos que purga estas almas y las ilumina la misma sabiduría de Dios, que purga los ángeles de sus ignorancias, derivándose de Dios por las jerarquías primeras hasta las postreras, y de ahí á los hombres. Que por eso todas las obras que hacen los ángeles y inspiraciones se dice con verdad y propiedad en la Escritura hacerlas Dios y hacerlas ellos; porque de ordinario las deriva por ellos, y ellos tambien de unos en otros sin alguna dilación; así como el rayo del sol comunicado de muchas vidrieras ordenadas entre sí; que, aunque es verdad que de suyo el rayo pasa por todas, todavía cada una le envía y infunde en la otra mas modificado, conforme al modo de aquella vidriera, algo mas abreviada y remisamente, según ella está mas ó menos cerca del sol. De donde se sigue que los superiores espíritus y los inferiores cuanto mas cercanos están de Dios, tanto están mas purgados y clarificados con mas general purgación, y que los postreros recibirán esta ilustración mas tenue y remota. De donde se sigue que siendo el hombre inferior á los ángeles, cuando Dios le quiere dar esta contemplación, la ha de recibir á su modo mas limitada y penosamente. Porque la luz de Dios, que al ángel ilumina, esclareciéndole y encendiéndole en amor, como á puro espíritu dispuesto para la tal infusión, al hombre, por ser impuro y flaco, regularmente le ilumina (como arriba queda dicho) en oscuridad, pena y aprieto (como hace el sol al ojo enfermo, que le alumbra afflictivamente) hasta que este mismo fuego de amor le espiritualice y sutilice, purificándole, para que con suavidad pueda recibir la unión de esta amorosa influencia á modo de los ángeles, ya purgado, como después diremos, mediante el Señor; porque almas hay que en esta vida recibieron mas perfecta iluminación que los ángeles. Pero en el entre tan-

to esta contemplación y noticia amorosa recibela en el aprieto y ansia amorosa que aquí decimos.

Esta inflamación y ansia de amor no siempre la anda el alma sintiendo; porque á los principios que comienza esta purgación espiritual, todo se le va á este divino fuego mas en enjugar y disponer la madera del alma que en calentarla; pero ya, cuando este fuego va calentando el alma, muy de ordinario siente esta inflamación y calor de amor. Aquí, como se va mas purgando el entendimiento por medio de esta tiniebla, acaece que algunas veces esta mística y amorosa teología, juntamente con inflamar la voluntad hiere tambien, ilustrando la otra potencia del entendimiento con alguna noticia y lumbre divina, tan sabrosa y divinamente, que, ayudada de ella la voluntad, se afervora maravillosamente, ardiendo en ella este divino fuego de amor en vivas llamas, de manera que ya al alma le parece vivo fuego con la viva inteligencia que se le da. Y de aquí es lo que dice David en un salmo: *Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis;* Calentóse mi corazón dentro de mí, y con tanto fuego, que yo entendía se encendía. Y este encendimiento de amor con unión de estas dos potencias, entendimiento y voluntad, es cosa de gran riqueza y deleite para el alma, porque es cierto que en esta oscuridad tiene ya principios de la perfección de la unión de amor que espera. Y así, á este toque de tan subido sentir y amor de Dios no se llega sino habiendo pasado muchos trabajos y gran parte de la purgación; mas para otros grados mas bajos que ordinariamente acaecen no es menester tanta purgación.

CAPITULO XIII.

De otros sabrosos efectos que obra en el alma esta oscura noche de contemplación.

Por este modo de inflamación podemos entender algunos de los sabrosos efectos que vaya obrando en el alma esta oscura noche de contemplación; porque algunas veces en medio de estas oscuridades es ilustrada el alma y luce la luz en las tinieblas, derivándose derechamente esta influencia mística al entendimiento, y participando algo la voluntad con una serenidad y sencillez tan delgada y deleitable al sentido del alma, que no se le puede poner nombre, unas veces en una manera de sentir de Dios, otras en otra. Algunas veces tambien hiere juntamente en la voluntad y prende él al amor subida, tierna y fuertemente; porque ya decimos que se unen algunas veces estas dos potencias, entendimiento y voluntad, cuanto se va mas purgando el entendimiento, tanto mas perfecta y delicadamente. Pero antes de llegar aquí, mas comun es sentirse en la voluntad el toque de la inflamación que en el entendimiento el toque de la perfecta inteligencia.

Esta inflamación y sed de amor, por ser ya aquí del Espíritu Santo, es diferentísima de la otra que dijimos en la noche del sentido. Porque, aunque aquí el sentido tambien lleva su parte, porque no deja de participar del trabajo del espíritu, pero la raíz y el vivo de la

sed de amor siéntese en la parte superior del alma, esto es, en el espíritu, sintiendo y entendiendo de tal manera lo que siente, y la falta que le hace lo que desea, que todo el penar del sentido, aunque sin comparación es mayor que en la primera noche sensitiva, no le tiene en nada, porque en el interior conoce una falta de un gran bien, que con nada se puede remediar.

Pero aquí conviene notar que, aunque á los principios, cuando comienza esta noche espiritual, no se siente esta inflamación de amor, por no haber obrado este fuego de amor, en lugar de eso, da desde luego Dios al alma un amor estimativo tan grande de Dios, que, como hemos dicho, todo lo más que padece y siente en los trabajos de esta noche es ansia de pensar si tiene perdido á Dios y está dejada de él. Y así, siempre podemos decir que, desde el principio de esta noche va el alma tocada con ansias de amor, ahora de estimación, ahora tambien de inflamación. Y vese que la mayor pasión que siente entre estos trabajos es este recelo; porque, si entonces se pudiera certificar que no está todo perdido y acabado, sino que aquello que pasa es por mejor, como lo es, y que Dios no está enojado, no se le daría nada de todas aquellas penas, antes se holgaría sabiendo que de ello se sirve Dios. Porque es tan grande el amor de estimación que tiene á Dios, aun á oscuras, sin sentirle ella, que, no solo eso, sino que holgaría mucho de morir muchas veces por satisfacerle. Pero, cuando ya la llama ha inflamado al alma, juntamente con la estimación que ya tiene de Dios, suele cobrar tal fuerza y brio y tal ansia por Dios, comunicándosele el calor de amor, que con grande osadía, sin mirar en cosa alguna ni tener respeto á nada, en la fuerza y embriaguez del amor, sin mirar mucho lo que hace, haría cosas extrañas y inusitadas por cualquier modo y manera que se le ofreciese, por poder encontrar con el que ama su ánima.

Esta es la causa por que á María Magdalena, con ser tan noble, no le hizo al caso la turba de hombres principales y no principales del convite que se hacía en casa del fariseo, como dice san Lucas, ni el mirar que no veía bien ni lo parecía ir á llorar y derramar lágrimas entre los convidados, á trueque de (sin dilatar una hora, esperando otro tiempo y sazón) poder llegar ante aquel de quien estaba ya su alma herida y inflamada. Y esta es la embriaguez y osadía de amor, que, con saber que su Amado estaba encerrado en el sepulcro, con una grande piedra sellado, y cercado de soldados que le guardaban, no le dió lugar para que alguna de estas cosas se le pusiese delante para dejar de ir antes del día con los ungüentos á ungirle. Y finalmente, esta embriaguez y ansia de amor le hizo preguntar al que, creyendo que era hortelano y le había hurtado del sepulcro, que le dijese, si le había él tomado, dónde le había puesto, para que ella lo tomase: *Si tu sustulisti eum, dicito mihi ubi posuisti eum? Et ego eum tollam.* No mirando que aquella pregunta en libre juicio y razón no era tan prudente, pues que está claro que si el otro le había hurtado, no se lo había de decir, ni menos se lo había

E. XVI-I.

de dejar tomar; porque esto tiene la vehemencia y fuerza del amor, que todo le parece posible, y todos le parece que andan en lo mismo que anda él; porque no cree que hay otra cosa en que nadie se deje emplear ni buscar otra, sino á quien ella busca y á quien ella ama; pareciéndole que no hay qué querer ni en qué se emplear sino en aquello. Que por eso, cuando la Esposa salió á buscar á su Amado por las plazas y arrabales, creyendo que los demás andaban en lo mismo, les dijo que si lo hallasen, le dijese de ella que penaba por su amor. Tal era la fuerza del amor de esta María, que le pareció que si el hortelano le dijera dónde le había escondido, fuera ella y le tomara aunque mas le fuera defendido. A este talle pues son las ansias de amor que va sintiendo esta alma cuando va ya aprovechada en esta espiritual purgación. Porque de noche se levanta (esto es, en estas tinieblas purgativas) según las aficiones de la voluntad. Y con las ansias y fuerzas que la leona ó osa va á buscar sus cachorros cuando se los han quitado, y no los halla, anda esta herida alma á buscar á su Dios. Porque, como está en tinieblas, siéntese sin él, estando muriendo de amor por él. Y este es el amor impaciente, en que no puede durar mucho el sujeto sin recibir ó morir, según el que tenía Raquel á los hijos cuando dijo á Jacob: *Da mihi liberos, alioquin moriar;* Dame hijos; si no, moriré.

Pero es aquí de ver cómo el alma, sintiéndose tan miserable y tan indigna de Dios como se siente en estas tinieblas purgativas, tenga tan osada y atrevida fuerza para irse á juntar con Dios. La causa es que, como ya el amor le va dando fuerzas con que ame de veras, y la propiedad del amor sea querer unir, juntar y igualar y asimilar á la cosa amada para perfeccionarse en el bien de amor, de aquí es que, no estando esta alma perfeccionada en amor por no haber llegado á la unión, la hambre y sed que tiene de lo que le falta, que es la unión y las fuerzas, que ya el amor ha puesto en la voluntad con que la ha apasionado, la haga ser osada y atrevida según la voluntad inflamada, aunque según el entendimiento, por estar á oscuras, se siente indigna y miserable.

No quiero dejar de decir aquí la causa por que, pues esta luz divina es siempre luz para el alma, no la da luego que embiste en ella, como lo hace después; antes le causa las tinieblas y trabajos que habemos dicho. Algo estaba ya dicho; pero á este particular se responde que las tinieblas y los demás males que el alma siente cuando esta divina luz embiste, no son tinieblas ni males de la luz, sino de la misma alma, y la luz la alumbra para que las vea. De donde desde luego le da luz esta luz divina, pero con ella no puede ver el alma primero sino lo que tiene mas cerca de sí, ó por mejor decir, en sí, que son sus tinieblas ó miserias, las cuales ve ya por la misericordia de Dios, y antes no las veía, porque no daba en ella esta luz sobrenatural. Y esta es la causa por que al principio no siente sino tinieblas y males. Mas después de purgada por el conocimiento y sentimiento de ellos, tendrá ojos para que se le muestren

los bienes de esta luz divina; y expelidas y quitadas todas estas tinieblas y imperfecciones del alma, ya parece que se van conociendo los provechos y bienes grandes que va consiguiendo el alma en esta dichosa noche.

Por lo dicho queda entendido cómo Dios hace mercedes aquí al alma de limpiarla con esta fuerte lejía y amarga purga, según la parte sensitiva y espiritual de todas las aficiones y hábitos imperfectos que en sí tenía acerca de lo temporal y de lo natural, sensitivo y espiritual, escureciéndole las potencias interiores, y vaciándose las acerca de todo esto, y apretándole y enjugándole las aficiones sensitivas y espirituales, y debilitándole y adelgazándole las fuerzas naturales del ánima acerca de todo ello (lo cual nunca el alma por sí misma pudiera conseguir, como luego diremos), haciéndola Dios desfallecer en esta manera á todo lo que no es Dios, para ir la vistiendo de nuevo, desnudada y desollada ya ella de su antigua piel; y así, se le renueva, como al águila, su juventud, quedando vestida del nuevo hombre, que es criado, como dice el Apóstol, según Dios: *Et induit novum hominem, qui secundum Deum creatus est*. Lo cual no es otra cosa sino alumbrarle el entendimiento con lumbre sobrenatural, de manera que el entendimiento humano se haga divino, unido con el divino. Y ni más ni menos inflámale la voluntad con amor divino, de manera que ya no sea voluntad menos que divina, no amando menos que divinamente, hecha y unida en uno con la divina voluntad y amor, y la memoria ni más ni menos, y también las aficiones y apetitos todos mudados según Dios divinamente; y así, esta alma será ya alma del cielo, celestial y más divina que humana. Todo lo cual, según se habrá echado de ver bien por lo que hemos dicho, va Dios haciendo y obrando en ella por medio de esta noche, ilustrándola y inflamándola divinamente con ansias de solo Dios, y no de otra cosa alguna. Por lo cual muy justa y razonablemente añade luego el alma el tercer verso de la canción, que, con los demás de ella, pondremos y explicaremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

En que se ponen y explican los tres versos últimos de la primera canción.

*¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.*

La dichosa ventura que el alma canta en el primero de estos tres versos, fué por lo que dice en los dos que se le siguen, donde toma la metáfora del que, por hacer mejor su hecho, sale de su casa de noche y á escuras, sosegados ya los de la casa, porque ninguno se lo estorbe. Que, como esta alma había de salir á hacer un hecho tan heróico y tan raro, que era unirse con su Amado divino, sale afuera, porque el Amado no se halla sino solo afuera, en la soledad; y por eso la Esposa le deseaba hallar solo, diciendo: *Quis mihi det se fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et*

deosculer te? etc.; ¿Quién te me diese, hermano mío que te hallase yo afuera y comunicase contigo mi amor? Conviene al alma enamorada, para conseguir su fin deseado, hacerlo también así, que saliese de noche, adormidos y sosegados todos los domésticos de su casa; esto es, las operaciones bajas, pasiones y apetitos de su alma, apagados y adormidos por medio de esta noche, que son la gente de casa, que, recordada siempre, estorba al alma estos sus bienes, enemiga de que salga libre de ellos; porque estos son los domésticos que dice nuestro Salvador en el sagrado Evangelio que son los enemigos del hombre: *Et inimici hominis domestici ejus*. Y así, convenia que las operaciones de estos con sus movimientos estuviesen dormidos en esta noche, para que no impidan al alma los bienes sobrenaturales de la unión de amor de Dios, porque durante la viveza y operación de estos no puede alcanzarse. Que toda su obra y movimiento antes estorba que ayuda á recibir los bienes espirituales de la unión de amor. Por cuanto queda corta toda habilidad natural acerca de los bienes sobrenaturales, que Dios por sola infusión suya pone en el alma pasiva y secretamente y en silencio; y así, es menester que le tengan todas las potencias para recibirle, no entremetiéndose allí su baja obra y vil inclinación.

Pero fué dichosa ventura para esta alma que Dios en esta noche le adormeciese toda la gente de su casa; esto es, todas las potencias, pasiones, aficiones y apetitos que viven en el alma sensitiva y espiritual, para que ella llegase á la unión espiritual de perfecto amor de Dios, «Sin ser notada;» esto es, sin ser impedida de ellas, por quedar adormecidas y mortificadas en esta noche, como está dicho. ¡Oh cuán dichosa ventura es poder el alma librarse de la casa de su sensualidad! No lo puede bien entender sino fuere, á mi ver, el alma que ha gustado de ello; porque verá claro cuán mísera servidumbre era la que tenía, y á cuántas miserias estaba sujeta cuando lo estaba al sabor de sus pasiones y apetitos, y conocerá cómo la vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza, que trae consigo bienes inestimables, de los cuales iremos notando algunos en las siguientes canciones, en que se verá más claro cuánta razón tenga el alma de contar por dichosa ventura el tránsito de esta horrenda noche.

CAPITULO XV.

Pónese la segunda canción y su declaración.

*A escuras y segura,
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A escuras y en celada,
Estando ya mi casa sosegada.*

Va el alma cantando en esta canción todavía algunas propiedades de la escuridad de esta noche, repitiendo la buena dicha que le vino con ellas. Dícelas, respondiendo á cierta objeción tácita, advirtiéndole que no se piense que por haber en esta noche y escuridad pasado por tantas tormentas de angustias, dudas, recelos y

horrores como se ha dicho, corría por eso más peligro de perderse; antes en la escuridad de esta noche se ganó, porque en ella se libraba y escapaba sutilmente de sus contrarios, que le impedían siempre el paso, porque en la escuridad de la noche iba mudado el traje y disfrazada con tres libreas ó colores que después diremos, y por una escala muy secreta, que ninguno de casa lo sabía (que, como también en su lugar notaremos, es la viva fe), salió tan encubierta y en celada, para poder bien hacer su hecho, que no podía dejar de ir muy segura, mayormente estando ya en esta noche purgativa los apetitos, aficiones y pasiones de su ánima adormidos, mortificados y apagados, que son los que, estando despiertos y vivos, no se lo consintieran.

CAPITULO XVI.

Pónese el primer verso, y explicase cómo yendo el alma á escuras, va segura.

A escuras y segura.

La escuridad que aquí dice el alma, ya hemos dicho que es acerca de los apetitos y potencias sensitivas, interiores y espirituales, que todas se escurecen de su natural lumbre en esta noche, para que, purgándose acerca de ella, puedan ser ilustradas con la sobrenatural, porque los apetitos sensitivos y espirituales están dormidos y amortiguados, sin poder gustar sabrosamente de cosa ni divina ni humana; las aficiones del alma oprimidas y apretadas, sin poderse mover á ella ni hallar arrimo en nada; la imaginación atada, sin poder hacer algún discurso de bien; la memoria acabada, el entendimiento entenebrecido; y de aquí también la voluntad seca y apretada, y todas las potencias vacías, y sobre todo esto, una espesa y pesada nube sobre el alma, que la tiene angustiada y como ajena de Dios. De esta manera á escuras dice que iba segura. La causa de esto está bien declarada, porque ordinariamente el alma nunca yerra sino por sus apetitos ó sus gustos, ó sus discursos ó sus inteligencias ó sus aficiones, en las cuales de ordinario excede ó falta, ó varía ó desatina, y de ahí se inclina á lo que no conviene. De donde, impedidas todas estas operaciones y movimientos, está claro que queda el alma segura de errar en ellos; porque, no solo se libra de sí, sino también de los otros enemigos, que son mundo y demonio; los cuales, apagadas las aficiones y operaciones del alma, no le pueden hacer guerra por otra parte ni de otra manera.

De aquí se sigue que, cuanto el alma va más á escuras y vacía de sus operaciones naturales, tanto va más segura. Porque, como dice el Profeta: *Perditio tua Israel: tantummodo in me auxilium tuum*; La perdición al alma tan solamente le viene de sí misma (esto es, de sus operaciones y apetitos interiores y sensitivos no concertados), y el bien, dice Dios, solamente de mí. Por tanto, impedida ella así de sus males, resta que le vengán luego los bienes de la unión con Dios en sus apetitos y potencias, que las hará divinas y celestiales. De donde en el tiempo de estas tinieblas, si el alma mira

en ello, echará de ver muy bien cuán poco se le divierte el apetito y las potencias á cosas inútiles y vanas, y qué segura está de vanagloria y soberbia y presunción, vano y falso gozo, y de otras muchas cosas. Luego bien se sigue que por ir á escuras, no solo no va perdida, sino aun muy ganada, pues aquí va ganando las virtudes.

Pero á la duda que de aquí nace luego, conviene á saber, que, pues las cosas de Dios de suyo hacen bien al alma y la ganan y aseguran, ¿por qué en esta noche le escurece Dios los apetitos y potencias también acerca de estas cosas buenas, de manera que tampoco pueda gozar de ellas ni tratarlas como las demás, y aun en alguna manera menos? Respóndese que entonces la conviene mucho el vacío de su operación y gusto, aun acerca de las cosas espirituales, porque tiene las potencias y apetitos bajos y impuros; y así, aunque se le diese sabor y trato de las cosas sobrenaturales y divinas á estas potencias, no le podrían recibir sino bajamente; porque, como dice el filósofo, cualquiera cosa que se recibe está en el recipiente al modo que la recibe; de donde, porque estas naturales potencias no tienen pureza ni fuerza ni caudal para recibir y gustar las cosas sobrenaturales al modo de ellas, que es divino, sino el suyo, conviene que sean también escurecidas acerca de esto divino para perfecta purgación; porque, destetadas y purgadas y aniquiladas en aquello primero, pierden aquel bajo modo de obrar y recibir, y así vengán á quedar dispuestas y templadas todas estas potencias y apetitos del alma para poder recibir, sentir y gustar lo divino alta y subidamente; lo cual no puede ser si primero no muere el hombre viejo. De aquí es que todo lo espiritual, si de arriba no viene comunicado del Padre de las lumbres sobre el albedrío y apetito humano, aunque más se ejercite el gusto y apetito del hombre y sus potencias con Dios, y por mucho que les parezca gustar de él, no le gustan en esta manera divina y perfectamente. Acerca de lo cual (si este fuera lugar de ello) pudiéramos declarar aquí cómo hay muchas personas que tienen muchos gustos y aficiones y operaciones de sus potencias acerca de Dios y de cosas espirituales, y por ventura pensarán ellos que aquello es sobrenatural y espiritual, no siendo quizá más que actos y apetitos muy naturales y humanos, que, como los tienen de las demás cosas, los tienen con el mismo temple de aquellas cosas buenas por cierta facilidad natural que tienen en mover el apetito y potencias á cualquier cosa. Si por ventura tuviéramos ocasión en lo restante, lo trataríamos, diciendo algunas señales de cuando los movimientos y acciones interiores del alma sean solo naturales, y cuando solo espirituales, y cuando espirituales y naturales acerca del trato con Dios. Basta aquí saber que para que los actos y movimientos interiores del alma puedan venir á ser movidos por Dios alta y divinamente, primero han de ser adormidos y escurecidos y sosegados en lo natural acerca de toda su habilidad y operación, hasta que desfallezcan.

Oh pues, alma espiritual, cuando vieres escurecido